

Esta es una pequeña muestra del libro
Gracia para crecer en santidad.

Para conseguir el libro completo y conocer más
acerca de nosotros, visita nuestra página web:

www.poiema.co

O comunícate con nosotros al correo:

info@poiema.co



© 2026 Poiema Publicaciones

¡El evangelio para cada rincón de la vida!

“La iglesia contemporánea muchas veces ya no desea hablar acerca de la santidad. Tememos que se nos acuse de legalistas, que se nos vea como extremistas o que se piense que estamos perdiendo de vista la gracia. Pero la gracia que salva es también la gracia que transforma. Por eso estoy profundamente agradecido de que mi amigo Carlos haya tomado el tiempo para escribir este libro. Sé que no escribe desde la teoría solamente, sino desde una vida que ha procurado caminar en aquello que enseña. Estoy convencido de que esta obra será de edificación para todo el que la lea. Mi oración es que Dios use esta herramienta para despertar en la iglesia un deseo renovado, no solo de conocer la gracia, sino de vivirla; no solo de hablar de santidad, sino de abrazarla como fruto precioso del evangelio”.

Joselo Mercado, pastor principal de la Iglesia Gracia Soberana en
Gaithersburg, Maryland

“Conozco a Carlos Contreras desde que comenzó su ministerio y he tenido el privilegio de colaborar con él en las conferencias Fieles a Su Llamado en los últimos años. Durante ese tiempo, me ha animado e inspirado su constante deseo y esfuerzo por convertirse en lo que Dios le ha llamado a ser: apartado para la gloria de Dios en Cristo Jesús. Por eso me da gozo saber que ha escrito un libro que eleva nuestra mirada por encima de nuestras luchas diarias contra el pecado para atesorar la gloria para la que Dios nos está preparando. Carlos escribe con profundidad bíblica, sabiduría pastoral, ideas convincentes y anima al lector con el evangelio. Si te sientes abrumado por el pecado o te cuesta creer que el cambio es realmente posible, estoy seguro de que Dios usará este libro para darte mayor alegría y fruto al llegar a ser más como el Salvador que te redimió”.

Bob Kauflin, director de Sovereign Grace Music;
autor de *Verdaderos adoradores*

“El teólogo estadounidense John Frame dijo una vez que la teología bíblica es siempre teología práctica. Yo estoy de acuerdo con eso y creo que Carlos Contreras, en este tomo, pone eso en práctica. Él nos ayuda a entender no solo la teología bíblica de la santidad, sino cómo se pone en práctica para poder vivirla. Carlos, asimismo, no solo nos habla como un maestro, sino como un practicante amante de la gracia, amante de la santidad y amante de la gloria de Dios”.

Hanibal Rodriguez, pastor principal de Wheaton Bible Church,
West Chicago, Illinois

“Entender la profundidad de lo que significa ser cristiano y cómo seguir creciendo en santidad con nuestra glorificación como meta final es lo más importante para cualquier hijo de Dios. Carlos ha hecho un excelente trabajo de resumir y simplificar estas verdades en *Gracia para crecer en santidad*. Con un corazón pastoral y una mente teológica, este libro nos guía en un estudio práctico para crecer en nuestro conocimiento de Dios y de Su obra en nuestras vidas. Recomendando este libro para todo creyente que quiere un fundamento sólido en su caminar diario con Dios”.

Nathan Díaz, pastor de enseñanza en la Iglesia Evangélica Cuajimalpa;
autor de *Escatología práctica*

“A lo largo de mis quince años de ministerio pastoral, he visto a muchos cristianos luchar con la desesperación al no sentirse más santos, o con la frustración de no saber cómo crecer en santidad. Por fin contamos con este maravilloso recurso de Carlos Contreras, un pastor de probada trayectoria y credibilidad. *Gracia para crecer en santidad* no solo equipará a cada creyente para entender bíblicamente qué es y cómo funciona la santificación en su propia vida cristiana, sino que será una herramienta invaluable para discipular a otros dentro de su iglesia. Recomendando este libro ampliamente”.

Alberto Puente, pastor de la Iglesia Bautista Fe de Sevilla, España;
director de iniciativas en español, Charles Simeon Trust

GRACIA PARA
CRECER EN
SANTIDAD

GRACIA PARA CRECER EN SANTIDAD

Carlos Contreras

Prólogo por Miguel Núñez



Mientras lees, comparte con otros en redes usando:

#GraciaParaCrecerEnSantidad

Gracia para crecer en santidad

Carlos Contreras

© 2026 por Poiema Publicaciones

A menos que se indique lo contrario, las citas bíblicas han sido tomadas de *La Nueva Biblia de las Américas* © 2005, por The Lockman Foundation. Las citas marcadas con la sigla NTV han sido tomadas de *La Santa Biblia, Nueva Traducción Viviente* © 2010 Tyndale House Foundation; las marcadas con la sigla RV60 han sido tomadas de *La Santa Biblia, Versión Reina-Valera* © 1960 Sociedades Bíblicas en América Latina; © renovado 1988 Sociedades Bíblicas Unidas; las marcadas con la sigla NVI han sido tomadas de *La Santa Biblia, Nueva Versión Internacional* © 1999, 2015, 2022 por Bíblica, Inc. Usadas con permiso. Todas las cursivas en las citas bíblicas son énfasis añadidos por el autor.

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada en un sistema de recuperación, o transmitida de ninguna forma ni por ningún medio, ya sea electrónico, mecánico, fotocopia, grabación, u otros, sin el previo permiso por escrito de la casa editorial.

Poiema Publicaciones

info@poiema.co

www.poiema.co

Impreso en Colombia

ISBN: 978-1-965296-78-3

SDG

*A mis queridos hermanos de la Iglesia Gracia Soberana
de Ciudad Juárez, a quienes Cristo me llamó a amar y
servir. Ha sido uno de los mayores privilegios de mi vida
ser uno de sus pastores durante treinta y cinco años.*

CONTENIDO

Prólogo	11
Introducción	15

PRIMERA PARTE:

LO QUE ES NECESARIO CREER PARA CRECER

1. ¿Qué es ser santo?	23
2. Santos llamados a ser santos	33
3. ¿De quién somos?	49
4. ¿Qué somos?	61
5. La realidad del Pecado	79
6. La santificación y la fe	93

SEGUNDA PARTE:

LA POSTURA EN LA QUE DEBEMOS PERMANECER PARA CRECER

7. Permanecer en Cristo	109
8. Permanecer en Su Palabra	123
9. Permanecer en oración	141
10. Permanecer en Su amor	155

TERCERA PARTE:

LO QUE ES NECESARIO HACER PARA CRECER

11. Caminar con la guía del Espíritu	169
12. Perseverar en el arrepentimiento	187
13. La renovación de tu corazón y mente	201
14. Resistir el pecado desde la raíz	219

15. Crecer en amar como Cristo ama	237
16. Necesitamos a otros para crecer.....	249
17. El sufrimiento y la disciplina del Señor.....	261
18. La meta es la gloria	275
Notas	289

PRÓLOGO

por Miguel Núñez

Quizá tienes este libro en tus manos y estás pensando si, con todo lo que se ha escrito y hablado acerca de la santidad de Dios y de la importancia de dicha santidad en el creyente, realmente necesitamos otro libro más sobre este tema. Mi respuesta a esa pregunta sería: ¡Absolutamente! Muchos de los libros sobre la santidad han sido escritos por teólogos, la mayoría de los cuales no son pastores. Esa realidad no le quita méritos a su labor, pero necesitamos ver más libros de teología práctica escritos por pastores cuyos corazones han sido forjados por Dios en el calor de la aflicción, moldeados por el evangelio y con un amor incondicional por las ovejas de Cristo. Esto que acabo de decir le añade valor a este libro, porque el pastor Carlos Contreras tiene esas credenciales de carácter para hablarles a las ovejas que libran una batalla que muchas veces nadie conoce.

No olvidemos que, según las enseñanzas de Cristo, la mejor manera de expresar nuestro amor por Él es alimentando y pastoreando a las ovejas por las cuales Él dio Su vida (Jn 21:15-17). Carlos ha pastoreado durante más de tres décadas, cuidándolas con dedicación hasta cargarse con las circunstancias que ellas atraviesan. Precisamente por eso, él ha querido enriquecer la bibliografía disponible en español para nuestras iglesias. Definitivamente, tenemos que seguir escribiendo sobre este tema por múltiples razones, algunas de las cuales expongo a continuación.

La necesidad de seguir estudiando el tema permanece, primero, porque la santidad es “el atributo de todos los atributos”, una frase atribuida al teólogo John Howe (1630–1705). Es el atributo que da forma a todos los demás. A modo de ilustración, imagina por un momento a un Dios Todopoderoso, pero no santo; creo que inmediatamente viene a nuestra mente la idea de un tirano. Por otro lado, un Dios con amor infinito, pero sin santidad, sería un ser indulgente, con consecuencias para Sus criaturas. Este es el atributo que da peso a todos los demás.

Segundo, necesitamos seguir hablando de este tema porque los hijos de Dios no terminan de comprender cuán crucial es para la vida cristiana. La primera vez que la palabra “santo” o sus derivados aparecen en toda la Biblia es en el momento en que Dios descansó en el séptimo día de Su creación: “Dios bendijo el séptimo día y lo santificó” (Gn 2:3). Con esto, el Creador separó este día del resto de los días de la semana. Así de distinto o separado es Dios de lo ordinario de Su creación. Tristemente, la búsqueda continua de la piedad o de la santidad individual (santidad progresiva) no caracteriza a la mayoría de los hijos de Dios.

Tercero, es vital que sigamos abordando este tema porque aquellos que han sido justificados por Cristo han encontrado difícil la búsqueda de la santidad, pues han pensado que se trata de una disciplina impulsada por su propia fuerza de voluntad. Cuando hacemos esto, ponemos de manifiesto que no solo no hemos entendido lo que es la verdadera santidad, sino que tampoco hemos entendido cómo cultivarla. Pablo escribió a Tito y, en su carta, le explica que la misma gracia que nos salva es la que nos santifica o nos empodera para vivir piadosamente: “Porque la gracia de Dios se ha manifestado, trayendo salvación a todos los hombres, enseñándonos, que negando la impiedad y los deseos mundanos, vivamos en este mundo sobria, justa y piadosamente” (Tit 2:11-12). Ese es el tema de este libro, como lo revela su título: *Gracia para crecer en santidad*. La santificación del creyente, cuando se entiende bien, debe llevarnos a celebrar la gracia de Dios que nos eligió y que luego nos capacita para cooperar con Su Espíritu en el proceso de santificación. No olvidemos que fuimos salvos “para alabanza de la gloria de Su gracia que gratuitamente ha impartido sobre nosotros en el Amado” (Ef 1:6).

El Dios que nos salvó por gracia hizo morar Su Espíritu en nuestro interior para que también por gracia seamos empoderados para vivir la vida abundante que Cristo compró para nosotros (Jn 10:10). Es así a tal punto que el Espíritu de Dios es quien produce en nosotros “tanto el querer como el hacer, para Su buena intención” (Fil 2:13). Por eso, oraba Agustín de Hipona y decía: “Señor, ordena lo que Tú quieras, pero concede lo que deseas”. Este gran teólogo de la historia de la iglesia estaba consciente de cuán necesitados estamos de vivir una vida en dependencia continua de la gracia de Dios. Esto explica por qué tantos hijos de Dios viven vidas mucho menos piadosas de lo que Dios espera de ellos. En otras palabras, muchos han querido vivir su nueva vida en Cristo con el mismo poder y la misma motivación con que vivieron la vida anterior. Pero la vida eterna que Cristo nos regaló no puede ser vivida en el poder de la carne, porque “en mi carne no habita nada bueno. Porque el querer está presente en mí, pero el hacer el bien no” (Ro 7:18). Este libro te enseñará o recordará esto último.

En cuarto lugar, necesitamos seguir hablando, escribiendo y predicando acerca de la santidad vivida en el poder del Espíritu, porque, a pesar del énfasis en la necesidad de cultivar la santidad, la mayoría de las veces no se ha enfatizado que esto debe hacerse en dependencia del Espíritu, reconociendo y honrando la gracia que nos salvó y nos apartó desde el inicio como santos (santificación posicional), como se enseña en este libro.

En quinto lugar, necesitamos seguir enseñando cómo desarrollar esta santidad en medio de la guerra espiritual en la que nos encontramos. La idea no es ganarnos una posición a medida que somos santificados, sino permanecer firmes en la posición que Cristo nos otorgó cuando nos justificó. Estando en el aposento alto, horas antes de Su muerte, Cristo enseñó a Sus discípulos sobre la permanencia en Él. Pero la manera de permanecer en Él es estando firmes “en Cristo”, firmes “en Su Palabra”, firmes “en oración” y firmes “en Su amor”. El pastor Contreras dedica cuatro capítulos de este libro a desarrollar estas últimas enseñanzas, lo cual resulta de gran ayuda. Su corazón de pastor lo llevó a desarrollar un libro sobre la santidad, útil para la vida de la iglesia y no simplemente un libro teórico que se queda en la información, sin transformación.

Finalmente, en los últimos capítulos del libro, el autor te ayudará a entender y hasta desear crecer en santidad, lo que requerirá una vida de arrepentimiento continuo, que, curiosamente, es la primera de las 95 tesis de Martín Lutero. La práctica del arrepentimiento nos recuerda que siempre hay algo que hacer aun después de pecar. Cuando el arrepentimiento es una práctica frecuente, nos ayuda a recordar la necesidad de resistir el pecado. Eso es parte del proceso de santificación, como lo es también la experiencia del sufrimiento. Todo esto y mucho más forman parte del contenido del libro que has comenzado a leer. No te detengas, léelo devocionalmente, medita en sus verdades y comprométete a poner en práctica lo que aprendas en este excelente recurso.

INTRODUCCIÓN

La salvación es un proceso que inicia en nosotros cuando, a causa de la conciencia del pecado que hay en nosotros y por el arrepentimiento para vida, somos unidos a Cristo y recibimos nuestra justificación. Sin embargo, este solo es el inicio de un camino que durará toda nuestra vida terrenal, pues Dios sigue obrando en nuestra santificación para transformarnos a la imagen de Su Hijo. Este proceso alcanzará su culminación en el día final, cuando Cristo regrese por los Suyos y seamos glorificados para estar con Él para siempre en Su gloria.

Este libro está dirigido a todos los que hemos sido salvados por Jesús y que ahora debemos crecer en santidad. Aunque todo creyente está llamado a avanzar diligentemente para ser más como Cristo, he visto que muchos no viven de manera intencional buscando crecer en esa santificación.

El Señor Jesucristo tuvo misericordia de mí y me salvó la noche del 19 de marzo de 1978, cuando tenía 19 años. Fue una noche gloriosa. A partir de ese momento, todo cambió para mí. Ese día recibí a Cristo como mi Señor y Salvador, quien vino a habitar en mi corazón por medio de Su Espíritu Santo. La vida adquirió un nuevo sentido; nació en mí un hambre y un deseo genuino por conocer cada vez más a Jesús porque ahora sabía que Él era real y estaba vivo.

Sin embargo, aunque experimentaba un nuevo gozo, pronto fui confrontado con la realidad de que el pecado no había desaparecido de mi vida. Enfrentaba una lucha cotidiana, un conflicto espiritual en mi interior entre mi deseo de seguir a Cristo y los deseos pecaminosos que

aún surgían de mi corazón. Por 48 años he caminado este proceso de la santificación. Ese camino ha tenido altibajos. He tropezado por causa de mi propio pecado y he clamado a mi Dios en innumerables ocasiones buscando Su ayuda, dirección y fortaleza para seguir adelante. Y sé que, un día no muy lejano, este camino llegará a su fin cuando Cristo me llame a Su presencia.

En el verano de 1990, Cristo me llamó a dejar el mundo de los negocios para dedicarme por completo al servicio de Su iglesia. Fui preparado para el ministerio y, en 1995, fui ordenado como ministro del evangelio. Desde entonces, he tenido el privilegio de servir como parte de un equipo pastoral en la Iglesia Gracia Soberana de Ciudad Juárez, en el estado de Chihuahua, México. Gran parte de nuestro trabajo pastoral consiste en animar y ayudar a los creyentes a crecer en su santificación. Esto, junto con la evaluación constante de mi propio caminar con Cristo, me ha llevado a profundizar en lo que las Escrituras enseñan sobre la obra santificadora de Dios en nosotros. Este libro resume lo que he procurado aplicar en mi vida personal y lo que he enseñado a la congregación que pastoreo. Mi oración y deseo es que mi experiencia pueda servir de estímulo para aquellos creyentes que anhelan crecer en semejanza a Cristo.

Estoy convencido de que, si Jesús nos ha llamado a crecer en santidad, también ha provisto la gracia necesaria para que crezcamos. Sin embargo, a lo largo de los años, he descubierto que el principal obstáculo para perseverar en el camino de la santificación es nuestra falta de fe. Con frecuencia vemos la santificación como algo casi inalcanzable, como intentar escalar una gran montaña llevando a cuestas el peso de nuestro pecado. Y, tristemente, no vemos a Cristo unido a nosotros, sosteniéndonos y fortaleciéndonos para avanzar en aquello a lo que Él nos ha llamado. Uno de mis principales objetivos es animar la fe de mis lectores para que crean que el crecimiento en santidad no es solo deseable y hermoso, sino también verdaderamente posible.

El libro está dividido en 3 partes:

1. Lo que es necesario creer para crecer
2. La postura en la que debemos permanecer para crecer

3. Lo que es necesario hacer para crecer

Necesitamos acudir a la Palabra de Dios para que nuestra fe se fundamente en la verdad bíblica que nos dice que Dios nos llama a crecer en santidad. En la primera parte de este libro, del capítulo 1 al 6, consideraremos lo que debemos creer de Su Palabra para tener un buen fundamento en el proceso de la santificación. Aquí aprenderemos qué es la santificación y cuál es el propósito de Dios en nuestro crecimiento en esta área. También veremos lo esencial que es conocer la gracia y la obra de Cristo a nuestro favor.

Luego, al avanzar a la segunda parte, del capítulo 7 al 10, hablaremos de la actitud que debemos asumir en ese caminar. Un corredor no solo necesita confiar en su capacidad al correr, sino que también debe aprender la forma correcta de correr. De la misma manera, el creyente debe adoptar una actitud adecuada para perseverar, la cual consiste en permanecer en Cristo viviendo en una dependencia humilde, constante y obediente.

Finalmente, en la tercera parte, del capítulo 11 al 18, reflexionaremos en las implicaciones específicas de la santificación. Esta sección estará dedicada a explorar con más detalle este proceso y las acciones que debemos tomar para avanzar en él. Aquí ya no solo consideraremos la doctrina, sino también la práctica: perseverar en la carrera, correr con constancia y progresar firmemente contra el pecado enemigo que aún permanece en nosotros.

Se han escrito muchos libros sobre el crecimiento del creyente en la santificación; algunos lo hacen concentrándose en algún área específica de ese proceso. No pretendo abarcar en este libro todo lo que podría decirse sobre la santificación. En mi propio caminar, he sido profundamente ayudado por las enseñanzas y escritos de hombres piadosos que han tratado este tema con gran profundidad y sabiduría. Hombres como Jerry Bridges, Sinclair Ferguson y Bryan Chapell han sido grandes instrumentos de gracia para mi vida a lo largo de los años. También agradezco de manera especial a mi amigo el Dr. Miguel Núñez, quien ha dedicado su ministerio a exhortarnos a vivir una fe que se haga evidente en nuestra santidad diaria. Ellos, y muchos otros, han influido

significativamente en mi caminar, y mucho de lo que aquí escribo ha sido nutrido por mi interacción con sus obras.

Lo que deseo plasmar en este libro es mi propia perspectiva, tanto personal como pastoral, con la esperanza de que sea de ayuda para quienes anhelan crecer en semejanza a Cristo. Quiero invitar a mis hermanos lectores a usar este libro como un manual práctico, a leer cada capítulo con detenimiento, meditando, orando de acuerdo con su contenido y procurando dar pasos concretos en cada tema tratado. Para crecer, no basta con obtener más información; es necesario aplicar la verdad recibida. Mi deseo es que este libro te impulse a avanzar en tu santificación; y creo que, si lo lees con atención y buscando poner en práctica lo aprendido, podrás ver fruto y verdadero progreso en tu vida. Recuerda que la santificación es un proceso: a veces avanzamos un poco; a veces parece que nos estancamos; pero lo importante es perseverar hacia adelante para avanzar.

Quiero agradecer a mis amados hermanos de Gracia Soberana de Ciudad Juárez. Ustedes han sido mi mayor inspiración para escribir este libro. He caminado junto a algunos de ustedes por casi cinco décadas y mi mayor petición al Señor es que estas páginas les sirvan en su propio caminar con Cristo, así como el de sus hijos y nietos.

También quiero expresar mi gratitud a mis compañeros del Equipo Pastoral y a Hellman Ávila, mi amigo durante 50 años, junto a quienes he estudiado y meditado estos temas. Ustedes han sido consiervos fieles que Dios ha usado en mi santificación, trayendo a mi vida Su bondadosa y paciente exhortación para corregirme en mis errores y pecados. Pienso que este libro les puede servir en la noble labor de pastorear a aquellos que el Señor ha puesto bajo nuestro cuidado.

También deseo expresar un reconocimiento especial a mis hermanos, pastores y maestros de la familia de iglesias de Gracia Soberana, quienes durante más de cuatro décadas asentaron firmemente las bases bíblicas y modelaron muchos de los principios que hoy forman parte de este libro. Mis amigos C. J. Mahaney, Steve Shank, Bob Kauflin, Jeff Purswell y Mark Prater han sido, a lo largo de los años, ejemplos vivos de una pasión ardiente por la gracia de Dios, de una humildad genuina, de una comunión bíblica profunda y de una perseverante lucha contra

el pecado. Sin su influencia en mi vida, este libro nunca podría haber sido escrito.

También debo agradecer profundamente a mi familia. Primero, a mi querida esposa Kena: mi gran gozo y mi compañera de vida, quien me conoce verdaderamente y que, a pesar de ello, me ha amado incondicionalmente. Su amor, por el que siempre está dispuesta a hablarme la verdad, ha sido la ayuda más valiosa en mi vida. Ella es mi mayor bendición en esta tierra; sin ella, no sería el hombre que soy.

Doy gracias a Dios por el gran regalo que nos concedió al darnos a Ana Rebeca, Mónica, Jonathan y Andrés; a mi nuera Ana Cristina; a mis yernos Isaac y Milton; y a mis nueve hermosos nietos. Los amo profundamente y pido al Señor de manera constante que derrame sobre ustedes muchas expresiones de Su asombrosa gracia. Cada uno ha sido grandemente usado por Dios para enseñarme, corregirme y ayudarme a crecer en mi santificación y, por ello, de una forma u otra, ha contribuido a este libro.

Finalmente, agradezco a mi buen amigo David Adams por su entusiasmo al animarme a escribir, y a todo el equipo editorial de Poiema Publicaciones, por hacer posible la publicación de este libro. De manera especial, quiero expresar mi admiración y agradecimiento a Daniel Puerto, quien asumió el arduo trabajo de ser mi editor a la vez que trabajaba intensamente en la plantación de una nueva iglesia. Sin su ayuda, paciencia y apoyo, este libro no habría sido posible. Pido a nuestro buen Dios que recompense abundantemente a cada uno por su valiosa contribución.

PRIMERA PARTE

LO QUE ES NECESARIO
CREER PARA CRECER

¿QUÉ ES SER SANTO?

Porque Yo soy el SEÑOR su Dios. Por tanto, conságrense y sean santos, porque Yo soy santo (Levítico 11:44).

¿Qué pensarías de alguien que se presentara contigo diciéndote: “Hola, soy un santo de Dios”? Probablemente pensarías que esa persona está confundida, que es arrogante, incluso que está desequilibrada. Al menos conmigo, nunca nadie se ha presentado afirmando ser santo. Aun alguien que vive de manera piadosa batallaría para definirse como un santo delante de Dios. ¿Por qué?

Primero, porque el concepto de un “santo” se ha aplicado a personas que son reconocidas por su conducta piadosa ejemplar. Es decir, que están en una categoría por encima de los creyentes comunes y corrientes, y por eso, pensamos que un santo es alguien que nunca peca, que nunca hace algo indebido, que su carácter es casi celestial. Segundo, porque todos somos conscientes de nuestras fallas, debilidades y desobediencia a los mandatos de Dios, y nunca nos consideraríamos santos. Pero ambas suposiciones son errores que parten de una mala comprensión bíblica, pues la Biblia llama santos a todos los creyentes (ver Mt 27:52; Hch 9:32, 26:10; Ro 8:27, 12:13; 1Co 14:33; 2Co 1:1, 8:4).

Por eso es fundamental empezar por definir qué significa el llamado de Dios a *ser santos*. Entender correctamente lo que este llamado implica nos animará en la búsqueda de la santidad a la que Levítico 11:44 nos llama.

A lo largo de mi vida he luchado para asimilar ciertos pasajes bíblicos, Levítico 11:44 es uno de ellos. ¿Por qué Dios manda a Su pueblo

a que sea santo como Él es santo? En algún momento, llegué a pensar que Dios es injusto en demandar algo que para nosotros es imposible cumplir. Pero ese pensamiento no solo es incorrecto, sino también pecaminoso, porque Dios no puede ser injusto y nunca demandaría algo de nosotros que fuera imposible alcanzar. Entonces, ¿cómo entendemos el llamado a ser santos como Él es santo?

Debemos empezar explorando la afirmación bíblica de que “Él es santo”. Es decir, debemos ver a Aquel que da origen a la idea de santidad: Dios mismo. Él se describe a Sí mismo como santo. La santidad es aquello que define de manera esencial a Dios. Dios *es* Santo, la santidad es lo que Él es; no es solo una de Sus características, sino que todo lo que Él es, piensa, siente, hace, dice, *es santo*. La santidad lo define.

DIOS ES SANTO, SANTO, SANTO

En el libro de Isaías, encontramos al profeta describiendo una visión que le fue concedida. Isaías pudo ver al Señor sentado en Su trono de gloria:

En el año de la muerte del rey Uzías vi yo al Señor sentado sobre un trono alto y sublime, y la orla de Su manto llenaba el templo. Por encima de Él había serafines. Cada uno tenía seis alas: con dos cubrían sus rostros, con dos cubrían sus pies y con dos volaban. Y el uno al otro daba voces, diciendo:

“Santo, Santo, Santo es el SEÑOR de los ejércitos,
Llena está toda la tierra de Su gloria” (Isaías 6:1-3).

En su visión, Isaías vio al Dios soberano exaltado de manera sublime y Su gloria llenando toda la tierra. Imaginemos la impresión que esto debió haber causado en el profeta. A pocos se les ha concedido una visión de esta magnitud. Pero el Señor quería que Isaías tuviera una perspectiva correcta de quién lo estaba llamando a su ministerio profético. Esta revelación impactaría y enmarcaría todo lo que Isaías profetizaría en el futuro. Isaías fue impactado primeramente por la grandeza de la majestad y gloria de Dios. Isaías vio cómo la orla de Su manto que representaba Su majestad “llenaba” el templo. Además, pudo ver cómo Su gloria llenaba la tierra. Lo que vio Isaías era la suprema grandeza de

la majestad y gloria de Dios, tanto en los cielos como en la tierra. ¡Dios lo llena y reina sobre todo!

Ahora bien, en estos versículos encontramos algo significativo que nos ayuda a entender la santidad de Dios: Isaías escuchó que los serafines que volaban sobre el trono exclamaron fuertemente que el Señor es ¡“Santo, Santo, Santo”! La repetición en la literatura hebrea tiene como propósito enfatizar una realidad, o indicar la importancia o urgencia de una exclamación. Es similar a nuestro uso repetido de los signos de exclamación para llamar la ¡¡¡atención!!! a algo que estamos señalando. También es similar a la repetición usada por nuestro Señor Jesucristo cuando llamaba a que le pusieran especial atención diciendo: “De cierto, de cierto les digo...”.

Esta repetición de los serafines enfatiza que Dios es supremamente santo. Esta santidad de Dios causaba que aun los serafines taparan sus ojos y pies con sus alas. Aunque ellos no son seres caídos como nosotros, siguen siendo criaturas quienes, delante de Dios, son conscientes de la grandeza y santidad de su creador. Aun los ángeles creados en pureza por Dios necesitan cubrirse ante la santidad transcendente de Dios. ¡Su santidad está muy por encima aun de aquellos que habitan en los cielos!

¿Qué significa que Dios es tres veces santo? Es común que nuestro entendimiento de la santidad de Dios se enfoque en la perfección moral o pureza de Dios. Y definitivamente la santidad de Dios incluye ese aspecto, pues Dios es perfectamente puro en Su carácter. Él nunca hace algo incorrecto, Él nunca peca, Él nunca falla o erra. Pero, además de esto, cuando la Biblia habla de la santidad también nos quiere comunicar un aspecto que solemos pasar por alto. La palabra que en la Biblia se traduce como “santo” significa básicamente algo que está separado, que ha sido cortado y colocado por encima de lo demás. R. C. Sproul, en su famoso libro sobre la santidad de Dios, lo define de esta manera:

Cuando la Biblia llama a Dios Santo quiere decir primeramente que Dios está transcendentalmente separado. Él está tan por encima y más allá de nosotros, que parece casi totalmente extraño a nosotros. Ser santo es ser “otro”, ser diferente de una manera especial.

La santidad tiene que ver principalmente con la “transcendencia” de Dios, con el hecho de que Dios no es como nosotros. Él existe en una realidad muy superior a nosotros. Él es singular y único en Su suprema, absoluta y transcendente majestad y gloria, y por ello no hay nadie ni nada como Él. El Dios creador está de manera transcendente separado de Su creación. Pero Dios es santo aun sin referencia a Su creación. Él era santo antes de crear el universo. La santidad es Su esencia de ser Dios en toda Su majestad y gloria. Él siempre ha existido en santidad desde la eternidad y por la eternidad.

El doctor Sproul describe la transcendencia de Dios como “Su majestad consumidora, en su elevada excelsitud”. Como criaturas humanas somos esencialmente distintos a Él en nuestra naturaleza. En nuestra condición humana estaremos siempre limitados para definir y entender lo que es Dios en Su santidad. Sin embargo, Dios nos llama en Su Palabra a asombrarnos ante la realidad de que solo Él es verdaderamente santo.

En Isaías 45:5-7, encontramos a Dios llamando a Su pueblo a reconocer Su santidad transcendente:

Yo soy el SEÑOR, y no hay ningún otro;
Fuera de Mí no hay Dios.
Yo te fortaleceré, aunque no me has conocido,
Para que se sepa que desde el nacimiento del sol
hasta donde se pone,
No hay ninguno fuera de Mí.
Yo soy el SEÑOR, y no hay otro.
Yo soy el que forma la luz y crea las tinieblas,
El que causa bienestar y crea calamidades,
Yo, el SEÑOR, es el que hace todo esto.

Aquí el Señor nuestro Dios afirma Su transcendencia. Él mismo dice que “no hay ningún otro” como Él en Su poderío y soberanía. Y Su afirmación surge como respuesta al hecho de que Su pueblo no lo ha conocido como tal. Más adelante, en Isaías 46:9-10, también declara Su santidad transcendente al hablar de Su eterna omnisciencia y majestad:

Acuérdense de las cosas anteriores ya pasadas,
Porque Yo soy Dios, y no hay otro;
Yo soy Dios, y no hay ninguno como Yo,
Que declaro el fin desde el principio,
Y desde la antigüedad lo que no ha sido hecho.
Yo digo: “Mi propósito será establecido,
Y todo lo que quiero realizaré”.

Dios se revela en Su Palabra porque quiere que le conozcamos verdaderamente. Pero no podemos conocer a Dios fuera de Su santidad. Cualquier conocimiento de Dios que no incluya una perspectiva clara acerca de Su santidad estará equivocado.

Por eso, necesitamos venir a la revelación de la santidad de Dios en las Escrituras, con la cual también iremos contra la naturaleza de nuestra humanidad que nos lleva a querer definir a Dios en nuestros términos, o sea, conforme a nuestra imaginación. Si intentamos definir a Dios por nosotros mismos, terminaremos con un dios hecho a nuestra imagen, que piensa como nosotros y que tiene opiniones y perspectivas similares a las nuestras. El llamado a ser santo debe comenzar con un claro entendimiento de quién es el Dios que nos llama a ser santos como Él es santo. Esa correcta perspectiva de quién es nuestro Dios definirá nuestra respuesta a Su llamado a ser santos.

Vayamos de nuevo a Isaías para ver la reacción del profeta ante esa maravillosa visión:

Entonces dije:

“¡Ay de mí! Porque perdido estoy,
Pues soy hombre de labios inmundos
Y en medio de un pueblo de labios inmundos habito,
Porque mis ojos han visto al Rey, el SEÑOR de los ejércitos”
(Is 6:5).

El Señor tenía un propósito en darle esta visión al profeta. Isaías nos dice que el rey Uzías había muerto; esto debe haber provocado incertidumbre al pueblo sobre su futuro. Pero Dios quería que Isaías y

Su pueblo supieran que Él reinaba en santa majestad desde Su trono exaltado. Por eso, Dios le concedió la visión de la grandeza de la orla de Su manto y la llenura de Su gloria en la tierra. Él quería que el profeta fuera impactado por esta visión para que se diera cuenta de quién estaba realmente reinando.

Isaías se sintió totalmente perdido, pues fue inmediatamente consciente de su absoluta indignidad al estar delante de este Dios santo. La visión de la santidad de Dios lo movió a reconocer su propia pecaminosidad. Esto es lo que sucede cuando un ser caído contempla la santidad de Dios en Su majestad y soberanía. Pero la visión de Isaías también se le dio para que ahora a nosotros se nos revele la santidad majestuosa de Dios. Nuestra búsqueda de santidad debe iniciar con una búsqueda del conocimiento del Dios verdadero en Su santidad por medio de toda Su revelación en las Escrituras. Es permaneciendo en la visión de nuestro Dios exaltado en Su transcendente santidad que podremos correctamente alinear nuestra vida para caminar en el llamado a ser santos.

Ahora, al ver, aunque sea de manera limitada, la realidad de la santidad de Dios, podríamos quedar aún más desanimados por el llamado a ser santos como Él es santo. Tal vez crees que apenas comienzas a leer este libro y tu ánimo por buscar la santidad no ha crecido, sino que ha disminuido. Quizás piensas: *si nadie puede ser como Dios en Su transcendencia divina, ¿cómo puedo aspirar a ser santo?* Pero, aunque parezca ilógico, esta revelación de la santidad de Dios puede ayudarnos a entender mejor nuestro llamado a “ser santos”.

LLAMADOS A SER SUS SANTOS

Volvamos a la escena de Isaías ante el trono del Dios santo. Isaías cae desplomado ante la visión y, sintiéndose muerto por su pecaminosidad, es sorprendido por uno de los serafines. La santidad y gloria del Señor es tal que Isaías no menciona ningún terror ante la proximidad de uno de estos seres majestuosos que vuelan sobre el altar de Dios:

Entonces voló hacia mí uno de los serafines con un carbón encendido en su mano, que había tomado del altar con las tenazas. Con él tocó mi boca, y me dijo: “Esto ha tocado tus labios, y es quitada

tu iniquidad y perdonado tu pecado”. Y oí la voz del Señor que decía: “¿A quién enviaré, y quién irá por nosotros?”. “Aquí estoy; envíame a mí”, le respondí (Is 6:6-8).

El serafín tenía una encomienda de parte del Señor. Tomó un carbón encendido del altar de Dios y tocó la boca de Isaías para purificarlo de su iniquidad y quitar su pecado. Esta visión tenía el propósito de llamar a Isaías a su misión como profeta de Israel. El Señor llamó, e Isaías respondió positivamente al llamado a su misión. Pero lo que sucedió con el serafín es muy importante para nosotros. El Dios santo tiene la capacidad de santificar. Isaías sabía que era indigno y pecador. Pero eso no fue problema para el santo Dios, pues Él tiene el poder de santificar lo indigno y pecaminoso para que se cumpla Su propósito.

El poder santificador del carbón encendido tomado del altar tenía la capacidad de purificar los labios inmundos de Isaías. En el Antiguo Testamento, el Señor comunicó a Su pueblo que el fuego purificaba lo inmundo (Nm 31:21-24). También instruyó a Su pueblo que lo adorara por medio del ofrecimiento de sacrificios sobre un altar (Ex 20:24; Dt 12:27-28). Esas ofrendas sacrificiales no solo eran para adoración, también eran para expiación del pecado y consagración del pueblo, de tal forma que todo lo que tocara el altar sería purificado (Ex 29:35-39). El altar terrenal es una representación del altar celestial donde Cristo, como nuestro Sumo Sacerdote, se presentó para ofrecer Su propia sangre como ofrenda propiciatoria para purificarnos de nuestros pecados. Así lo describe el autor de Hebreos:

Por tanto, fue necesario que las representaciones de las cosas en los cielos fueran purificadas de esta manera, pero las cosas celestiales mismas, con mejores sacrificios que estos. Porque Cristo no entró en un lugar santo hecho por manos, una representación del verdadero, sino en el cielo mismo, para presentarse ahora en la presencia de Dios por nosotros, y no para ofrecerse a Sí mismo muchas veces, como el sumo sacerdote entra al Lugar Santísimo cada año con sangre ajena. De otra manera, a Cristo le hubiera sido necesario sufrir muchas veces desde la fundación del mundo; pero ahora, una sola

vez en la consumación de los siglos, se ha manifestado para destruir el pecado por el sacrificio de Sí mismo (Heb 9:23-26).

Dios ha provisto un medio para que los pecadores puedan ser santificados de sus pecados, para que lo indigno pueda ser hecho santo. Es por medio de la obra de Cristo que el altísimo y santo Dios puede santificar a los pecadores como Isaías y nosotros. Veremos esto con más profundidad más adelante.

SANTOS PARA SER POSESIÓN DE DIOS

Entonces, sobre la base de lo que hemos visto, somos “llamados a ser santos” (Ro 1:7). El Dios Santo nos ha llamado a ser santos porque Él es santo y el que santifica a quien llama. Es aquí en donde la definición de santidad nos ayuda a entender esto. La idea de “ser cortados” para estar “separados” se aplica a las cosas que son consideradas santas por Dios. Las cosas que Dios separa o aparta para Sí mismo son “santas”. Es decir, esas cosas han sido “consagradas” para Él mismo. La manera bíblica de definir esto es que Dios “santifica”. Cuando Dios llama a alguien o algo para que sea de Su exclusiva posesión lo “santifica”, es decir, lo consagra para que sea Suyo.

Hay algo de mi infancia que recuerdo vívidamente: la taza para el café de mi papá. Era una taza gruesa y pesada que solo él usaba. A mí me intrigaba esa taza porque no había otra similar en casa. No se veía nueva y al tomarla en mis manos me impactaba su peso y color blanco pardo. Yo deseaba saber por qué solo mi papá podía usar esa taza. Hasta que un día se me ocurrió preguntarle por qué era especial para él y por qué nadie más podía usarla. Y me explicó: “Esta taza la usaba mi papá, tu abuelo, para batir el jabón con un cepillo para rasurarse”. Entonces entendí: esa taza era de especial significado para mi papá, solo él entendía su valor superior. Ninguna otra taza en nuestra casa tenía un valor similar. Esa taza era una exclusiva posesión de mi papá porque le recordaba a mi abuelo. Era algo que mi papá guardaba y apreciaba grandemente. Esa taza estaba apartada por y para mi papá. Mi papá la había consagrado para sí mismo.

Entonces, Dios “santifica” o “consagra” un pueblo para que sea Suyo. La redención se trata precisamente de que Dios escoge y aparta a aquellos que han de ser Suyos para siempre. Ese es el tema recurrente de toda la Biblia de principio a fin. Desde el Antiguo Testamento hasta el final del Nuevo, Dios manifiesta este propósito en la formación de un pueblo que sea Suyo. Aunque este tema es expresado de diferentes formas, la manera más común es mediante la frase en la que Dios declara: “Seré su Dios y ustedes serán Mi pueblo”. Por ejemplo, en Levítico 26, el Señor anima a Su pueblo enumerando las bendiciones que recibirían como resultado de la obediencia a Su ley. Y luego, les promete habitar en medio de ellos. El propósito de Dios es tener un pueblo con el cual habitar, un pueblo que sea Suyo:

Además, haré Mi morada en medio de ustedes, y Mi alma no los aborrecerá. Andaré entre ustedes y *seré su Dios, y ustedes serán Mi pueblo* (Lv 26:11-12).

Otro ejemplo es cuando el Señor anuncia por medio del profeta Jeremías lo que Él hará en el futuro para lograr que el pueblo ande en Su camino y le vaya bien:

Sino que esto es lo que les ordené: “Escuchen Mi voz, y *Yo seré su Dios y ustedes serán Mi pueblo*, y andarán en todo camino por el que Yo los envíe para que les vaya bien” (Jer 7:23).

Esta frase se repite 6 veces en el libro de Jeremías, por ejemplo, cuando Dios anunció el nuevo pacto que establecería con Su pueblo y la obra transformadora del Espíritu Santo en sus corazones:

“Porque este es el pacto que haré con la casa de Israel después de aquellos días”, declara el SEÑOR. “Pondré Mi ley dentro de ellos, y sobre sus corazones la escribiré. Entonces *Yo seré su Dios y ellos serán Mi pueblo*” (Jer 31:33).

Esta misma expresión la encontramos en el libro de Ezequiel, quien también profetiza lo que haría el Señor por medio de un nuevo pacto con Su pueblo. Su énfasis es que el propósito de Dios es tener un pueblo para habitar en medio de ellos:

Haré con ellos un pacto de paz; será un pacto eterno con ellos. Y los estableceré, los multiplicaré y pondré Mi santuario en medio de ellos para siempre. Mi morada estará también junto a ellos, y *Yo seré su Dios y ellos serán Mi pueblo*. Y las naciones sabrán que Yo, el SEÑOR, santifico a Israel, cuando Mi santuario esté en medio de ellos para siempre (Ez 37:26-28).

Notemos que el contexto de estos pasajes es que Dios quiere un pueblo que viva para Él conforme a Su voluntad. Él quiere habitar con nosotros, quiere hacer morada con Su pueblo y para eso nos santifica.

En el Nuevo Testamento esta misma promesa es citada en Hebreos 8:10, lo que confirma que el propósito del evangelio es precisamente este: Jesús vino para salvar y redimir un pueblo que sea de Su exclusiva posesión, para que seamos Suyos y que Él sea nuestro Dios. Este es un lenguaje de consagración. Dios quiere un pueblo “separado” para que sea solo Suyo como Su “exclusiva posesión” (Dt 14:2; Tit 2:14; 1P 2:9).

Esto debe definir nuestra perspectiva de “ser santos”. Ser santo significa que Dios te ha escogido y llamado para que seas Suyo y que Él sea tu Dios. Es el gran privilegio de ser incluidos en Su gran propósito redentor de formar un pueblo que le pertenezca. Ser llamados a ser santos es, principalmente, ser llamados para ser parte de ese pueblo que Él está formando. Es algo glorioso y retador.

Dios nos llama a la consagración. Ese llamado es para “santificarnos”, para ser apartados para Él. Apartados para conocerlo, amarlo, servirlo y ser más como Él es. Ahora debemos vivir de una manera que corresponda a ese llamado. En el siguiente capítulo hablaremos precisamente de eso.

Esperamos que hayas disfrutado de esta pequeña muestra del libro *Gracia para crecer en santidad*.

Para conseguir el libro completo y conocer más acerca de nosotros, visita nuestra página web:

www.poiema.co

O comunícate con nosotros al correo:

info@poiema.co



© 2026 Poiema Publicaciones

¡El evangelio para cada rincón de la vida!